

ANTONIO MACHADO Y GINER DE LOS RÍOS

(COMENTARIO A UN TEXTO OLVIDADO)

Por Jorge CAMPOS

CONOCIDA es la vinculación de Antonio Machado con la Institución Libre de Enseñanza, que podría ejemplificarse en su famoso poema *A don Francisco Giner de los Ríos*, que figura en las ediciones de sus obras. Lo que quizá no es tan famoso ni tan conocido es un trabajo suyo, en prosa, coetáneo y quizá anterior, como trato de fundamentar, doblemente interesante: por reafirmar las ideas y las vivencias que Machado guardaba respecto a la Institución, y por mostrar el paso de la crónica en prosa, aunque ferviente y apasionada, a la creación poética.

Francisco Giner de los Ríos murió el 18 de febrero de 1915. Con fecha de 26 del mismo mes apareció en la revista *España* el poema, que luego recogería el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (en XXXIX, 659-60, pág. 41, y en el extracto de este número que le siguió). Pero con fecha tres días anterior, Baeza, 23 de febrero, publicó la revista de esta localidad *Idea Nueva*, la crónica necrológica titulada "Don Francisco Giner de los Ríos", también recogida posteriormente por el *Boletín de la Institución* (XXXIX, 664, págs. 220-221) que se ofrece escrita al correr de la pluma y pudiera ser fuente inmediata y directa del poema.

En ella no es difícil trazar el camino que sigue la elaboración mental del escritor: la muerte de Giner le produce asociaciones relacionadas con su infancia y el colegio. Sus primeros párrafos son una pintura de la escuela, y el recuerdo del maestro entre los niños. De ahí se pasa, ya un poco con oficio de escritor, a perfilar la

silueta del pedagogo, eliminando lo que este concepto puede tener de gravedad y aún de pedantería. Con trazo seguro se encamina a decirnos lo que Giner era, con la anécdota reveladora, tan digno de lo que sabemos fue Giner como de lo que suponemos debiera ser Mairena. (Y aquí queda un cabo suelto que pudiera unir a ambos).

Mas, de pronto, parece como si lo que en el escritor había de poeta se encaramara sobre el prosista o le dejara atrás. De la apoyatura en lo real se salta a tonos de mayor elevación. Son los párrafos que siguen a aquel que comienza "...Y hace unos días se nos marchó, no sabemos adónde. Yo pienso que fue hacia la luz...". En los párrafos que siguen Machado está de cuerpo entero, en el mismo de su Poesía, sin que falten elementos de su ideario político dentro de la tendencia crítica noventayochista: "—esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cucañistas que se dicen políticos, los histriones de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos...".

La pluma, que bien pudo suponerse se detuvo algunos momentos antes de estos párrafos, buscando por donde continuar, ha cogido camino y se mueve sin estorbos. El artículo se redondea en un armónico cierre final: "Su alma vendrá a nosotros en el sol matinal que alumbra a los talleres, las moradas del pensamiento y del trabajo". Pero antes de hacer ningún otro comentario, leamos entero el olvidado texto del poeta:

Don Francisco Giner de los Ríos

Los párvulos aguardábamos, jugando en el jardín de la *Institución*, al maestro querido. Cuando aparecía D. Francisco corríamos a él con infantil algazara y lo llevábamos en volandas hasta la puerta de la clase. Hoy, al tener noticia de su muerte he recordado al maestro de hace treinta años. Yo era entonces un niño; él tenía ya la barba y el cabello blanco.

En su clase de párvulos, como en su cátedra universitaria, D. Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo ponían los niños o los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era el socrático: el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos —de los hombres

o de los niños— para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos. Muchos profesores piensan haber dicho bastante contra la enseñanza rutinaria y dogmática, recomendando a sus alumnos que no aprendan las palabras, sino los conceptos de textos o conferencias. Ignoran que hay muy poca diferencia entre aprender palabras y recitar conceptos. Son dos operaciones igualmente mecánicas. Lo que importa es aprender a pensar, a utilizar nuestros propios sesos para el uso a que están por naturaleza destinados y a calcar fielmente la línea sinuosa y siempre original de nuestro propio sentir, a ser nosotros mismos, para poner mañana el sello de nuestra alma en nuestra obra.

D. Francisco Giner no creía que la ciencia es el fruto del árbol paradisiaco, el fruto, colgado de una alta rama, maduro y dorado, en espera de una mano atrevida y codiciosa, sino una semilla que ha de germinar y florecer y madurar en las almas. Porque pensaba así hizo casi tantos maestros como discípulos tuvo.

Desdeñaba D. Francisco Giner todo lo aparatoso, lo decorativo, lo solemne, lo ritual, el inerte y pintado caparazón que acompaña a las cosas del espíritu y que acaba siempre por ahogarlas. Cuando veía aparecer en sus clases del Doctorado —él tenía una pupila de lince para conocer a las gentes— a esos estudiantones hueros, que van a las aulas sin vocación alguna, pero ávidos de obtener a fin de año un papelito con una nota, para canjearlo más tarde por un diploma en papel vitela, sentía una profunda tristeza, una amargura que rara vez disimulaba. Llegaba hasta rogarles que se marchasen, que tomasen el programa H o el texto B para que, a fin de curso, el señor X los examinase. Sabido es que el maestro no examinaba nunca.

Era D. Francisco Giner un hombre incapaz de mentir e incapaz de callar la verdad; pero su espíritu fino, delicado, no podía adoptar la forma tosca y violenta de la franqueza catalana, derivada necesariamente hacia la ironía, una ironía desconcertante y cáustica, con la cual no pretendía nunca herir o denigrar a su prójimo, sino mejorarle. Como todos los grandes andaluces, era D. Francisco la viva antítesis del andaluz

de pandereta, del andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena. Carecía de vanidades, pero no de orgullo; convencido de ser, desdeñaba el aparentar. Era sencillo, austero hasta la santidad, amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales. Era un místico, pero no contemplativo y extático, sino laborioso y activo. Tenía el alma fundadora de Teresa de Avila y de Iñigo de Loyola; pero él se adueñaba de los espíritus por la libertad y por el amor. Toda la España viva, joven y fecunda acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquel alma tan fuerte y tan pura.

...Y hace unos días se nos marchó, no sabemos adónde. Yo pienso que se fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente —perdonadme esta fe un tanto herética— sin salvación posible, los malvados y los farsantes, esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cucañistas que se dicen políticos, los histriones de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos, y que muchos, cuyas estatuas de bronce enmohece el tiempo, han muerto aquí y, probablemente, allá, aunque sus nombres se conserven escritos en pedestales mármoreos.

Bien harán, amigos y discípulos del maestro inmortal, en llevar su cuerpo a los montes del Guadarrama. Su cuerpo casto y noble merece bien el salmo del viento en los pinares, el olor de las hierbas montaraces, la gracia alada de las mariposas de oro que juegan con el sol entre los tomillos. Allí, bajo las estrellas, en el corazón de la tierra española reposarán un día los huesos del maestro. Su alma vendrá a nosotros en el sol matinal que alumbra a los talleres, las moradas del pensamiento y del trabajo.

No hacen falta muchos comentarios para observar el paralelismo que en su espíritu guardan ambos textos. De todos modos voy a hacer algunos, primer paso de otros que espero haga alguien en día no lejano.

El poema nos da, en su comienzo, un dato para fecharle: "Van

tres días/que mi hermano Francisco no trabaja”, es lo que la luz de la mañana le ha dicho. Es decir, se ha escrito tres días después del 18 de febrero: el 21. Podría pensarse por ello que el poema es anterior a la nota en prosa. Sin embargo, me inclino por lo contrario. “Hoy, al tener noticia de su muerte...” dice el texto en prosa. Que tardaría en llegar la nueva a Baeza, seguramente con la prensa. Es de creer que dos jornadas. El 20 ó el 21 está, pues, escrito el artículo. Las fechas de publicación nos llevan a las mismas conclusiones. Muy próximas, ambas, aunque anterior la de Baeza. Pensemos en el correo y la distancia de Madrid. En todo caso, lo que sí advertimos es una realización casi simultánea. Tanto pudo ser el aprovechamiento del poema para un artículo, utilizando alguno de sus elementos como el caso contrario. Repito que creo más bien en esta última posibilidad. No sólo por el testimonio que hoy tenemos de una redacción en prosa de *La tierra de Alvar González* anterior a su romance, sino precisamente por esa elevación que se produce en los últimos párrafos del artículo. El poema viene a representar un paso más en esa elevación. Llegan a hacerse carne poética alguna de sus frases. El maravilloso verso final de la primera estrofa “¡Yunques, sonad; enmudeced campanas!”, ha salido de ese “sol matinal que alumbra a los talleres” y que vuelve a aparecer en el tercer verso de la segunda estrofa.

El poema arranca de ese párrafo que nos ha llamado la atención y en que se quiebra el ritmo de la nota necrológica. La luz de la mañana es ahora quien se dirige al poeta para darle la noticia. Cuanto se explicaba acerca de que quien era como Giner no podía morir se concentra en dos versos —“¿Murió? Sólo sabemos/que se nos fue por una senda clara”— y la pureza de “aquel alma tan fuerte y tan pura” se comprime gracias a la mayor potencia de expresión que adquiere la palabra en verso: “Sed lo que he sido/entre vosotros: alma”.

Otros elementos comunes transmutados en expresión lírica son los versos que siguen y en que se repite la idea de llevar su cuerpo a las cimas de la sierra madrileña de la que fue un apasionado. “Los montes de Guadarrama” exigen más amplia mención, partida en dos versos machadianos

a los azules montes
del ancho Guadarrama.

Una breve detención merecen estos versos, tan representativos, tan machadianos: “en tierra de tomillos, donde juegan/mariposas doradas. . .” y que han surgido de la frase un tanto juanramoniana que hablaba de la “gracia alada de las mariposas de oro que juegan con el sol de los tomillos”.

Poco más abajo, leemos: “Su corazón repose, bajo una encina casta. . .” El adjetivo estaba en la prosa, no aplicado a la encina sino al propio Giner —“su cuerpo casto y noble”. Un caso de aquellos en que la palabra sigue sirviendo para caracterizar todo un estado de cosas poético. La castidad, para Machado, era algo que le sonaba inseparable de la figura y el ambiente que rodearon a su maestro.